

Los siglos y las ciudades de Elena

Walter Astié-Burgos



MÉXICO • 2009

Índice

CAPÍTULO I

El viejo México	7
Un domingo a principios de 1883.....	7
La cena y la política	16
Christopher	28
Las bicicletas	35
Don Emilio.....	39

CAPÍTULO II

Nueva York	43
La alcaicería	43
La maldición del castillo.....	44
El pospuesto viaje de bodas	56

CAPÍTULO III

Burdeos.....	63
Sin rumbo.....	63
El Ángel de la Independencia	67
La felicidad no es para todos.....	73

CAPÍTULO IV

De nuevo México.....	75
La tristeza de Carlos IV.....	75
Y además de todo... ..	78
Los proyectos de don Porfirio y de don Francisco.....	82

Una buena lección de política.....	85
El amigo de Lord Cowdray	92
CAPÍTULO V	
Liverpool.....	95
¿Para qué sirven las conexiones?.....	95
Nueva vida en tierras lejanas	102
La hora del té.....	104
El misterio de Morton Street	111
The private eye	117
Otra vez la nostalgia.....	123
Un verdadero infierno	128
CAPÍTULO VI	
La ciudad de las ilusiones	131
Un viajero sospechoso.....	131
Emilio's World	137
El regalo de cumpleaños.....	140
La decisión de Elenita.....	142
El año más feliz.....	147
Huella en la historia.....	150
Las fiestas del centenario	157
El príncipe Francisco José	161
CAPÍTULO VII	
El México que moría	171
La conversación en Sanborn's	171
El fin de la ilusión	174
Esas aguilitas, esas aguilitas... ..	176
Otro viaje más	180
CAPÍTULO VIII	
La ciudad violenta.....	183
Una pareja desapareja	183
El optimismo de Emilito.....	185

El consejo de mamá Elena.....	193
La carta de Carmelita	197
El terremoto.....	201
El mismísimo demonio	205
El cumpleaños de Washington.....	213
El vuelo del ángel.....	218
CAPÍTULO IX	
Otra vez Nueva York.....	221
Las malditas circunstancias.....	221
El caballo mágico	225
El vigesimoséptimo viaje	230
CAPÍTULO X	
El nuevo México.....	233
Tiempos de cambio.....	233
El frenesí de Emilito.....	237
Adaptarse a las nuevas circunstancias	244
Una maestra exitosa	249
Heureux Ceux Qui... ..	254
CAPÍTULO XI	
De nuevo Nueva York	259
Una mañana de 1970	259
Medio siglo después	262
CAPÍTULO XII	
Cuernavaca-Copenhague-Tegucigalpa	265
Un día en el siglo XXI.....	265

El viejo México

Un domingo a principios de 1883

Elena estaba inquieta.

Pasó una noche infernal. Vuelta a la derecha, a la izquierda, bocabajo, bocarriba y nada... fue víctima de un profundo desorden y no pudo conciliar el sueño. Una imagen primero, luego otra y otras más desfilaron frente a sus ojos sin que pudiera explicarse por qué aparecían tan necia y obstinadamente a esas inoportunas horas. Ese domingo se levantó apesadumbrada y de mal talante. Ni siquiera el elegante vestido que estrenó alteró su estado de ánimo. Durante el Santo Sacrificio de la misa continuó pensativa... todo le fastidiaba. "¡Cuánta gente! ¡Ufff... qué calor! ¡Y esos olores! Dios mío hoy hay de todo: el olor a incienso, a flores... esos perfumes que se confunden en un aroma insoportable. Huele a gente: ¿por qué la gente tiene que oler? Bueno; la gente bien no huele... sólo los léperos y los calzonudos porque no tienen educación. ¿Esa señora?... qué feo sombrero... qué mal gusto! ¡Aaahhh ahí están las pesadas hermanitas De la Peña! Qué feas y antipáticas son: a lo único que vienen a misa es a buscar novio. Dudo que se casen; son tan feas... bueno, sus papás tienen mucho dinero... posiblemente sí se casarán."

Elena continuó divagando hasta que sus sentidos fueron reincorporados a la realidad por las campanillas que se agitaron nerviosamente para ordenar a los feligreses hincarse. La estrategia del rito ancestral comprobó su infalibilidad: Elena reaccionó, abandonó sus absurdas divagaciones e imploró:

—¿Dios mío: por qué estoy tan inquieta... tan desordenada?, ¿acaso algo va a ocurrir... es un presentimiento?

Se escuchó, como en un coro bien ensayado, el flexionar simultáneo de muchas piernas y el crujir también simultáneo de mucha ropa: todo mundo se puso de pie como por arte de magia. Elena, como si hubiera sido tocada por una fuerza misteriosa, comenzó a recapacitar:

—¿Qué me pasa... por qué me molesta esta misa, en esta Catedral a la que vengo todos los domingos y que siempre huele a lo mismo?, ¿por qué estoy tan inquieta... acaso soy yo el problema?

Posiblemente el diálogo con los estratos divinos la iluminó: se percató que el desorden no era otro que ella misma. Había llegado ese momento que inevitablemente llega y de nada le servía seguir rehuyéndolo. Finalmente lo admitió: “¿Qué quiero hacer de mi vida... a dónde voy?”

Elena se había transformado en una espléndida señorita de largos cabellos rojos y ojos azules; una señorita, por supuesto, de buena familia, con apellido, bien educada, hablaba varios idiomas, tocaba el piano, sabía bailar, bordar, cocinar, recibir, etcétera. En suma y de acuerdo con los cánones de la sociedad porfiriana, ya estaba preparada para enfrentar su destino. Era tiempo de volar, de aventurarse por el mundo. El momento de tomar decisiones había llegado, y ello la aterraba. Al concluir la misa abandonó la Catedral en compañía de su nana —la Chacha—, y al tiempo que cruzó el gran portón comenzó a intercambiar sonrisas con muchas caras conocidas: unas queridas y otras no tanto, pero al fin y al cabo todas conocidas. Las de los

López Collado, los Rincón Gallardo, los Corcuera, los Braniff, los Landa, los Berea (que más adelante serían sus parientes), con las de algunos primos con su mismo apellido, con las de los Reyes, los Casaus, los De la Peña (con sus antipáticas y feas hijas), etcétera. Rompiendo una de sus costumbres dominicales, no quiso detenerse en el obligado ritual de los largos saludos, los besos y abrazos, de las chispeantes conversaciones, del intercambio de alabanzas sobre los bonitos vestidos y sombreros franceses (si eran bonitos necesariamente tenían que ser franceses, ¿no?) y los últimos acontecimientos de unos y otros, lo cual, si era un día de suerte, bien podía conducir al encuentro de un potencial pretendiente (obviamente presentado por alguna prima, amiga o familia conocida, puesto que a los muchachos no se les conocía así como así). Cumplió rápida y adecuadamente con el protocolo, y rompiendo otra de sus costumbres, salió con su nana sin mayor compañía y decidió no regresar a casa por la calle de Plateros donde el *toute Mexique* solía realizar su paseo dominical. La Chacha se mostró extrañada por el cambio de rumbo y pensó que regresarían a casa por la calle de Mecateros, pero tampoco fue así: Elena insistió en tomar la calle de Tacuba, pues no deseaba encontrarse con nadie... tan sólo tenía dos objetivos: pasar brevemente por La Alameda y llegar temprano a casa.

Al paso de sus pasos por la calle de Tacuba restableció el autodiálogo interrumpido al finalizar la misa, y como todo ser humano que se precie de serlo, reinició el intrincado camino de la divagación, el más seguro para evadir lo que nos preocupa. Tras varios minutos de silencio, que contrastaban con sus habituales comentarios sobre lo que habían visto durante la misa, la Chacha inquirió:

—¿Niña: tás bien... ti pasa algo?

Por toda respuesta Elena externó un largo mmmhhhh, lo suficientemente largo como para que la Chacha entendiera que no era momento de conversaciones. La interrupción, o intento

de, hizo que las divagaciones de Elena se centraran en su acompañante: “tan buena la Chacha: me conoce desde que nací... me conoce más que mi propia madre. Mi pobre madre tan cercana y a la vez tan distante. ¿Chacha... por qué le decimos Chacha? ¿Cuál es su nombre... nana? No, ese tampoco es su nombre: se llama Consuelo, pero en casa tan sólo le decimos Chacha. Siempre ha estado ahí, fiel, disponible, en espera de que la llamen. Es como de la familia: ¿de la familia? No, es como parte de la casa, de los muebles, los cuadros, los caballos o el agua de la pileta. Siempre está ahí, siempre ha estado ahí... me quiere mucho”.

Inadvertidamente la mirada de Elena se situó en la larga avenida en la que se alineaban armoniosamente, una tras otra, enormes y bellas casonas. Reparó en los muros a su alrededor: nunca se había fijado en ellos a pesar de haber pasado cerca de ellos cientos de veces. “Qué oscuras y sucias están las canteras de estas casas. ¿Cuántos años tendrán? Muchos... muchísimos; qué lástima que estén tan descuidadas... son verdaderos palacios. Mi casa es grande pero no tan imponente. También es viejísima la estatua del caballito que está frente a la casa: papá se enorgullece de él porque lo hizo el antepasado de mamá: Manuel Tolsá. Lo hizo por encargo de un virrey y lo fundió en una sola pieza: esos sí eran buenos escultores, no como los de ahora que sólo imitan lo francés. Papá dice que es un honor descender de un artista famoso: sus amigos provienen de hacendados, militares o políticos, pero esos siempre tienen algo que esconder. En cambio lo que hace un artista siempre está a la vista... no tiene nada que ocultar.”

Elena tenía una gran fascinación por las obras de Tolsá, pero no tanto por consideraciones genealógicas, sino porque hubiera deseado ser arquitecto para diseñar y construir casas...casas con grandes jardines para aprovechar el sol de México que tanto le gustaba. Reflexionó: “¿Arquitecto... cómo podría yo ser archi-